

## DONDE AMISTAD Y ADMIRACION CONFLUYEN

(Homenaje a Francisco Ayala)

A fines de 1969, la relectura de todas las narraciones de Francisco Ayala en el volumen *Obras narrativas completas*, editado por Aguilar en México, me suscitó vivo interés por la presencia y la ausencia en ellas de elementos líricos, es decir, por cómo funcionaban una y otra.

El trabajo en que ordené mis impresiones y observaciones lo destiné a un *Homenaje a Casaldueño*, que no apareció hasta 1972 (editado por Gredos). Entre ambas fechas había aparecido, publicado por Seix Barral, uno de los más importantes libros de Ayala, *El jardín de las delicias*, que confirmaba mi principal punto de vista. Apenas hubo tiempo de añadir al trabajo una nota final señalando esa confirmación.

En «Lirismo en la prosa de Francisco Ayala» se partía del hecho de que desde *Los usurpadores* (1949, pero conteniendo un importante texto, «El Hechizado», que se había publicado independientemente en 1944) hasta *El fondo del vaso* (1962), la materia narrada imponía un tono en el que los acentos líricos habrían sido desfallecimiento o ruptura del ritmo narrativo, algo que no podía haberse dado en unos relatos cuya intensa perfección, culminada a lo largo de tales fechas, había puesto al servicio de la narración sólo aquellos medios que son ciento por ciento narrativos. Más importante era el hecho de que si en esos textos se excluía lo lírico, en obras posteriores —piénsese en *El as de bastos* (1963) y *Diablo Mundo* (1964...)— había una evidente voluntad de destruir lo lírico. Ambas posiciones estaban dentro de una misma línea: presentación del aspecto mezquino, o por lo menos minimizador, que hay siempre en el fondo, en la superficie, o en ambos a la vez, de toda maldad o perversión humana, así como en cualquier actitud que no rompe o desdenea, sino que acepta o respeta las convenciones sociales. Que en tal línea narrativa salga malparada la condición humana no era cuestión de apreciaciones, sino efecto del subrayado atento de los hechos que constituyen la materia narrada. Desde la corrupción que está en la raíz de todo poder público hasta la suciedad mezquina o la simple

trivialidad de tantas conductas privadas hay una corriente interna, una esencia común: la corrosiva iluminación de su insignificancia. No por aquello de la fugacidad, del *sic transit* de todo lo humano, sino porque la misma condición humana excluye la grandeza. Tanto en las aspiraciones angélicas como en las demoníacas. El santo no puede saltarse semejante barrera; tampoco el gran inquisidor. Mucho menos, los cotidianos macacos.

Esa línea era tan firme en su continuidad que textos independientes escritos con diferencias de seis y once años podían formar parte de un mismo volumen sin debilitar la unidad de éste. Buen ejemplo es «Un ballo in maschera», fechado en 1960, bien encajado en *El as de bastos* (bajo el título «Baile de máscaras») y en los *Diálogos de amor* de las *Obras narrativas completas* (más tarde lo fue en *El jardín de las delicias*).

El mundo de las ficciones ayalianas es en ese sentido incomparable con cualquier otro de los revelados en prosa española. No cabe duda de que ocasionalmente se ha podido pensar en algunas presencias de Quevedo y de Gracián, ni de que se han podido entrever rasgos cervantinos —no estamos pensando exclusivamente en *El rapto*—, y es admisible hasta que se haya caído desviadamente en la fácil memoria del Valle-Inclán de *Tirano Banderas*, siempre por los motivos más aparentes, simples y menos significativos.

Lo de Ayala es siempre otra cosa, porque él es otro tipo de escritor, con vocación tan auténtica como la que más, pero pisando siempre con humilde seguro pie y mente siempre despierta el terreno que al escritor y al hombre le delimitan las inesquivables barreras de la condición humana. Que lo sublime sea inalcanzable debe motivar un ajuste de cuentas con la realidad y no un permanente estado de angustia; que la criatura humana sea constitutivamente un intrincado amasijo de debilidades no debe conducir a las inútiles lamentaciones —o condenaciones—, sino a la contemplación del apasionante espectáculo que sus variopintas manifestaciones pueden ofrecer. Entre la carcajada despectiva y el vómito o el latigazo, actitudes extremas y, como tales, muy espectaculares y efectistas, hay otras más sutiles y reveladoras, más comprensivas también y más *naturales* porque suponen una adecuación exacta de la inteligencia del narrador a la materia observada y recreada. La burla y la sublimación son siempre maneras semejantes de eludir la captación reveladora de las raíces en que se asienta la realidad personal y, por tanto, la social.

Esa línea dominante en el mundo novelesco ayaliano, apenas tra-

zada en *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925) e *Historia de un amanecer* (1926), interrumpida en el período vanguardista (*El boxeador y un ángel* y *Cazador en el alba*, 1929 y 1930), aparece con justa intensificación en «El hechizado» (1944, incorporado a *Los usurpadores* en 1949) y logra su máximo desarrollo en *Muertes de perro* (1958) y *El fondo del vaso* (1962) para llegar hasta los breves relatos de *Diablo Mundo*, funcionando en éstos como más veraz atalaya de la vida humana, hurgando el fondo de la mezquindad social, ya sin posibilidades de mayores descensos; sacándole a tiras al «mundo en que vivimos» (título que Ayala pensó para esos textos y que luego cambió por el más expresivo y culturalista de *Diablo Mundo*) sus contradicciones entre pensamiento y palabra, entre pretensión y logro, entre representación y verdad, contradicciones que pueden ser patéticas, cómicas o ridículas, y aun las tres cosas al tiempo. Hemos llamado dominante a esa línea, aunque la verdad es que más bien era única hasta que en las *Obras narrativas completas*, en sus últimas páginas, tras el título general de *Días felices* nos encontramos con una serie de textos, cuyo tono —y en la mayor parte de los casos también la materia— es claramente distinto: lo lírico se acompasa a lo narrativo y aun prevalece en el conjunto. Algún texto parece haberse desviado inadvertidamente de la otra línea y por sentirse extraño en la nueva, o no renunciar del todo a un posible regreso, está con un pie a cada lado: bastarían leves supresiones y leves añadidos para que cayeran de lleno en la antigua línea «desgarrada» o en la nueva línea «lírica». Otros son ambiguos, con ambigüedad que ensancha y matiza la significación del título general, resaltada por dos de los relatos: el primero y el sexto.

«A las puertas del Edén», que inicia la serie, es uno de los más bellos escritos de Ayala; por su delicadeza sentimental, mantenida al margen de toda blandura, y por su amargo final, tan tenuemente presentado, podría pensarse que en él pudiera estar el punto de intersección de las dos líneas, aunque la recién aparecida esté trazada todavía con meros puntos suspensivos. Es un relato escrito en primera persona —por motivos no sólo estructurales que ahora no son del caso—, evocación del mundo feliz de la infancia, el único edén al alcance de la experiencia humana, abundante en gracias líricas que en Ayala se daban todavía en ese texto como si no se dieran, como si se estuviera mirando a otra parte, pero dándolas en la más significativa presentación. La pérdida de ese edén no será labor del tiempo, o descubrimiento del pecado, como en la mayor parte de los tratamientos del tema eterno del paraíso perdido, sino un acto ajeno, efecto de esa maldad

que aún en las criaturas inocentes está ya como fuerza oculta, innata, que empuja no al acto gratuito, sino a la malmotivada destrucción; violencia inesperada, acción natural que ni siquiera necesita ser detallada y cuya revelación hace imposible que nada pueda volver a ser «como antes».

Melancolía, en vez de crudeza o pincelada cruel; ambigüedad en vez de implacable claridad denunciadora. La diferencia que aportaban, pues, esos nuevos textos era muy importante. La intencionada ambigüedad, que no podía apuntar más que a la ambivalencia de tantas actitudes y situaciones humanas, no se dejaba sólo al sentido que cada lector pudiera dar a cada texto: quedaba subrayada en el doble plano de «A las puertas del Edén» y se explicitaba al final de «Postriemerías»: «Señor, ¡qué días tan felices! Pero luego...»

No todos los relatos de *Días felices*, ni siquiera la mayoría, entraban de lleno en esa nueva línea, pero algunos eran ya claramente líricos, de un lirismo que se asía fuertemente a lo real, negándose a caprichosas deformaciones, aceptando lo feo, la incomodidad física y espiritual, la maldad y la estupidez, los nimios detalles—gratos, neutros, desagradables—de lo cotidiano, pero impidiéndoles destruir la felicidad, la perfección vital que está ahí, con nosotros y en nosotros, aunque se sabe su vulnerabilidad frente al tiempo («Magia» I, sería un ejemplo), pero también de un lirismo íntegro, mantenido en su cerrado espacio (como se presenta en «El ángel de Bernini, mi ángel»).

Que estos dos últimos tipos de textos lírico-narrativos fuesen minoría no disminuía la importancia de su aparición en el volumen de *Obras completas narrativas*, sobre todo al verse apoyados por un encarte, «En Pascua florida», más reciente que cualquiera de los demás textos, que era en verdad un poema en prosa. La nueva línea quedaba, por tan curioso modo, bien señalada. También su oposición respecto a la anterior. En qué medida iban a mantenerse ambas era el problema que nos quedaba planteado al cerrar el volumen, cuyas páginas finales mostraban una perspectiva tan distinta. Ante lo cual, en aquel trabajo de fines de 1969, decíamos:

El lector que se sienta perplejo ante tales oposiciones y piense en la victoria final, excluyente, de una de ellas, quizás al leer «En Pascua florida» se apresure a proclamar el triunfo del delicado tono lírico sobre el revelador realismo intelectual y sobre el no menos revelador tono irónico-sarcástico. La entrañable poesía de ese texto y el estar fechado en 1969, siendo así dos años más reciente que los últimos de signo contrario, podrían apoyar ese criterio. Pero en las narraciones posteriores a 1969 se intensifican los elementos líricos, llegando a mostrar una serena as-

piración a la belleza poética pura en originales que se mantienen en la línea definida de «En Pascua florida», y acentuando el lirismo de los lírico-narrativos en la línea de los más decantados relatos de *Días felices*... en perfecta coexistencia con otros originales en la línea de las «noticias» y relatos de *Diablo Mundo* y *De raptos, violaciones y otras inconveniencias*. Las dos visiones, las dos perspectivas desde la que se encara novelescamente la realidad, se mantienen en los últimos escritos de Francisco Ayala.

Por mucho que se quiera creer en que la vida es un rico milagro, en que simplemente dejarse vivir puede tener un pleno sentido que el hombre moderno ha acabado por ignorar... no se puede dejar de ver que la vida del hombre ha alcanzado los más impensables límites de abyección, de crueldad o —apenas— de chabacanería. El escritor capaz de recoger ambas vertientes sin que las visiones se le confundan y dotado del talento literario que le proporcione el don de aplicar a cada una su adecuado modo de expresión, difícilmente renunciará a ninguna de ellas.

Este es el caso de Francisco Ayala en sus escritos posteriores a *El fondo del vaso*. Quizás el desgarrar de muchas de sus páginas, no igualado ni de lejos por escritores celesos de su patente de «desgarrados», fuese necesario para alcanzar la delicadeza de los mejores textos lírico narrativos y líricos. Y al revés. Con lo cual se subrayaría la radical unidad interna de toda la obra literaria de Ayala.

Las dos perspectivas desde la que está escribiendo sus más recientes obras hacen posible el pleno conocimiento de la realidad contemplada y por eso son inseparables. Se trata siempre de la misma materia, la vida del hombre —pues ¿qué otra puede haber para un escritor que se caracteriza por su exigente sentido de la responsabilidad?—, cuya complicación sólo puede desentrañarse si se somete a tratamientos que aislen los elementos básicos. La presentación, la técnica y arte con que cada relato es dirigido al lector, la gracia natural de contar y la intención intelectual de conferir a esa gracia ulteriores fines nunca separables de ella, pero trascendiéndola, son en Ayala el resultado de unas portentosas dotes naturales de narrador y de la penetrante consciencia con que son estimuladas, agudizadas y utilizadas al servicio total de la obra literaria.

## II

La publicación de *El jardín de las delicias* confirmó que los escritos de Ayala posteriores a 1969 iban a continuar repartiéndose entre esas dos líneas, resultado de dos perspectivas que originan dos tonos distintos. Como sucedía ya en las páginas finales de *Obras narrativas completas*, los textos que a esas líneas corresponden se ordenan en dos series «Diablo Mundo» (que se subdivide en «Recortes de Prensa» y «Diálogos de amor») y «Días felices»; a los que ya figuraban en la

edición de Aguilar han venido a sumarse nuevos escritos. Los de «Diablo Mundo» conservan la unidad de tono de todos los de la serie, pero los aumentos de «Días felices» se inclinan mucho más hacia lo lírico y ya no es «En Pascua florida» el único escrito de Ayala que podría calificarse de poema en prosa, pues verdaderos poemas en prosa son «Las golondrinas de antaño» y «Mientras tú duermes», títulos ambos de clara resonancia becqueriana. En todas las demás adiciones a esa serie domina lo lírico-narrativo; en mayor o menor grado, todas están penetradas de la melancolía que conlleva el fluir del tiempo: en unas, porque se evoca el pasado y en otras porque no se puede eludir la consciencia de que cada instante de plenitud que se está viviendo es ya un inmediato próximo pasado.

Esas mismas dos líneas pueden observarse en textos posteriores a *El jardín de las delicias*, que desde el mismo año 1971 y hasta el momento actual han ido apareciendo en revistas y diarios. A la vista de unos y otros quizá pueda advertirse que el tono «desgarrado» aparece siempre que el autor pone su atención en lo que se halla fuera del ámbito de su bien ganada paz; al afirmarlo, nos referimos exclusivamente a sus escritos de ficción y no a sus ensayos y artículos, en los que la realidad sigue siendo tratada con la misma acerada lucidez mental.

Las dos líneas vienen coexistiendo a lo largo de más de diez años y no quiebran, sino subrayan, la firme unidad de la obra de Ayala, algo que el propio autor recoge en el texto final de *El jardín de las delicias*, fechado en 28 de abril de 1971, dos años y tres semanas después que «En Pascua florida», un breve escrito sin título—¿epílogo?, ¿confesión?, ¿dedicatoria?—cuyos primeros párrafos dicen:

Ya el libro está compuesto. He reunido piezas diversas, de ayer mismo y de hace quién sabe cuántos años; las he combinado como los trozos de un espejo roto, y ahora debo contemplarlas en conjunto.

Sí; cuando me asomo a ellas, pese a su diversidad me echan en cara una imagen única, donde no puedo dejar de reconocerme: es la mía.

### III

Mi gran admiración por Francisco Ayala, razonada siempre, al margen de nuestra íntima amistad, puede venir a confluír con ésta al pie de un escrito que va a formar parte de un homenaje a él dedicado, destino que permite personales intrusiones. La que yo me voy a permitir es reproducir en este homenaje colectivo aquel otro que en 1971

le rendí individualmente; son versos que pretendían recoger el pulso y tono de muchas horas de entrañable y gustosa compenetración. Versos donde admiración y amistad se apoyan recíprocamente, versos que a él y a mí nos gustan, no por lo que puedan valer si es que algo valen, pues no creo que ninguno de los dos nos hayamos propuesto nunca averiguarlo, sino porque recogen fielmente el sentido de nuestra amistad.

*Francisco Ayala, amigo de las luces más altas,  
esa herida que sólo se cura en la sonrisa,  
implacable mirada desleída en su oculo  
panal de todo abierto corazón generoso.  
Mira de frente al sol el águila que arrulla  
sus tiernas criaturas en la sombra del nido,  
Francisco Ayala, Paco, amistad regalada,  
qué ocultas loterías misterios de la vida  
uno se asombra viendo tan altísimos premios  
y dice amigo y tiembla y se asusta del sueño  
que puede estar soñando, pero la voz amiga  
suena, resuena, es nuestra*

*y se apura la copa  
se enciende el cigarrillo se vive la costumbre  
de la amistad,*

*silencios y juicios compartidos.  
De golpe, ¡qué algarabía!  
rebrilla la luz, se rompe  
el cristal del tiempo, giran  
locos los ojos, un vuelo  
de pájaros se adivina  
y el aire dormido tiene  
un despertar de hormiguillas.  
¿Qué está pasando? Francisco  
ya ni se tiene en su silla  
de puro gozo, la puerta  
se ha abierto y entra la niña:  
—Abuelo quiero montar  
a caballo en tus rodillas.  
La tarde entera galopa  
por prados de yerbaluisa  
y el juego avienta al instante  
granos de antiguas cenizas.*

ILDEFONSO-MANUEL GIL

Brooklyn College and the Graduate School  
of the City University of New York.  
19 Sweetbrian Rd.  
STRATHMORE SOMERSET, N. J. 08873 (USA)